



MINISTERIO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

Despertar el Corazón:

De la Indiferencia al Asombro.

Contenido

PRÓLOGO: El Umbral del Misterio Olvidado	1
PARTE 1: CONEXIÓN	2
PARTE 2: TENSIÓN BÍBLICA.....	3
PARTE 3: REVELACIÓN	4
PUNTO I: EL DIAGNÓSTICO PROFUNDO DE LA ACEDIA Y EL YO SELLADO .	4
PUNTO II: LA ANATOMÍA BÍBLICA DE NUESTRA RESISTENCIA.....	5
PUNTO III: CRISTO, EL PUENTE HACIA EL ASOMBRO RECUPERADO.....	5
PUNTO IV: EL CÓDIGO DE LA COMUNICACIÓN PACTUAL	6
PUNTO V: EL FENÓMENO DEL DESCENTRAMIENTO SACERDOTAL	7
La Mecánica del Lenguaje Pactual	7
La Paradoja de la Suficiencia en el Aposento	7
Hacia una Visión Restaurada.....	8
La Bendición de la Reciprocidad Sacerdotal.....	8
PUNTO VI: EL SECRETO DEL APOSENTO Y EL PELIGRO DEL ACTIVISMO ...	8
PARTE 4: LLAMADO	9
¿Cómo se ve esto en nuestra vida mañana lunes?.....	9

PRÓLOGO: El Umbral del Misterio Olvidado

Existe una dolencia invisible que no marchita el cuerpo, sino el espíritu; una niebla densa que se instala en el corazón y nos hace caminar por los atrios del Altísimo como quien recorre un pasillo de oficina. Lo llamamos rutina, pero la Escritura lo identifica como algo mucho más profundo.

¿Has sentido que tus oraciones chocan contra un techo de cristal invisible y que no van más allá, o que la lectura de la Palabra es apenas un ejercicio intelectual? Este estudio no es un manual de autoayuda ni una lista de deberes religiosos. Es, más bien, una invitación a una cirugía de corazón abierto. En las próximas páginas, nos aventuraremos en el terreno de la "acedia", esa indiferencia que sella el "yo" y nos vuelve sordos a la voz del Pacto. Nos detendremos ante la paradoja del aposento y el peligro de un activismo que brilla por fuera pero está vacío por dentro. Prepárate, porque antes de encontrar respuestas, serás confrontado con preguntas que han estado dormidas. El asombro no se fabrica; se recupera al derribar los muros de nuestra propia suficiencia.

¿Estás dispuesto a dejar que el velo se rasgue una vez más?

PARTE 1: CONEXIÓN

¿Alguna vez nos ha pasado que, estando en medio de un servicio precioso, rodeados de hermanos que alaban a Dios, nos sentimos como si estuviéramos viendo una película en blanco y negro? Sabemos que Dios es grande, sabemos que Su gracia es infinita, pero nuestro corazón simplemente no reacciona. Es como si el eco de la eternidad hubiera dejado de hacernos vibrar. Sentimos que la devoción, que antes era un fuego, se ha convertido en un mecanismo frío de costumbre. En lo más íntimo, sentimos que caminamos en una dirección distinta a la de nuestra congregación, como si ellos miraran hacia un lado distinto al que nosotros vemos. Leemos la Biblia por cumplir, oramos porque "toca", pero el asombro por las cosas de Dios se ha esfumado.

Esto no es falta de conocimiento teológico. Muchos de nosotros podríamos dar una clase sobre la gracia de Dios, pero nos cuesta horrores sentirnos asombrados por ella. Es una parálisis del alma. La tradición cristiana antigua, específicamente la de los Padres del Desierto —aquellos monjes que buscaron la profundidad de Dios en las soledades de Egipto y Siria entre los siglos III y V d.C.—, identificó un enemigo formidable de la vida espiritual. Este no era un pecado externo y escandaloso, sino una erosión interna del alma conocida como **acedia** (que veremos en detalla más adelante).

Vivimos en una época donde todo es rápido, todo es técnico, todo está bajo nuestro control. Hemos intercambiado el misterio por la gestión. *¿Se dieron cuenta de que hoy tenemos aplicaciones para todo?* Tenemos apps para medir nuestros pasos, para controlar lo que comemos, para vigilar nuestro sueño e incluso para "gestionar" nuestro tiempo de oración. Pero en esa búsqueda de control, hemos perdido la capacidad de quedarnos con la boca abierta ante la santidad de Dios.

Esta crisis de percepción no es solo un bajón psicológico; es una condición teológica. Es cuando nuestro corazón pierde la capacidad de sintonizar con la frecuencia de la gracia. Nos hemos vuelto ciegos voluntarios ante lo sagrado. Y lo peor es que, a veces, disfrazamos esa ceguera con mucho trabajo y especialmente en la iglesia.

Corremos de aquí para allá, organizamos eventos, servimos en ministerios, pero en el fondo, estamos huyendo del encuentro silencioso con el Señor.

Necesitamos reconocer que nos hemos quedado dormidos en nuestra propia autosuficiencia. El asombro no es algo que vamos a aprender hoy como quien estudia una técnica nueva; es algo que necesitamos recuperar. Es desandar el camino de la apatía y volver a abrir la puerta que sacude los cimientos del alma. Porque la verdad es que, sin asombro, la Palabra de Dios se nos vuelve un manual de instrucciones aburrido en lugar de ser un mensaje ardiente que quema nuestro corazón.

El asombro es la puerta por donde la verdad divina pasa de la mente al corazón.

PARTE 2: TENSIÓN BÍBLICA

Cuando intentamos entender por qué nos pasa esto, la Biblia nos lleva a un terreno de combate. En **Gálatas 5:17**, el apóstol Pablo nos dice algo que suena a campo de batalla: *"Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis"*.

¿Sintieron alguna vez esa resistencia pesada cuando deciden apartar un tiempo para orar? De repente, nos acordamos de que no lavamos los platos, nos da un sueño irresistible, o nos llega una notificación al celular que "tenemos" que mirar. Eso no es casualidad. Pablo usa una palabra muy fuerte para decir que "se oponen". En el original, es como si dos ejércitos se estuvieran bloqueando el paso el uno al otro. No es que nuestra carne sea "neutra"; es que nuestra naturaleza caída aborrece la dependencia de Dios que la oración exige.

Y Jesús nos lo advirtió de la manera más cruda en la noche más oscura de Su vida. En el huerto de Getsemaní, mientras Él sudaba gotas de sangre por nosotros, se acercó a Sus amigos más íntimos y les dijo en **Mateo 26:41**: *"Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil"*.

¿Se imaginan la escena? El Salvador del mundo está sufriendo una agonía indescriptible y Sus mejores amigos se quedan dormidos. No es que no quisieran acompañarlo; su espíritu estaba dispuesto, ellos amaban a Jesús. Pero su carne era débil. Y aquí es donde necesitamos vernos a nosotros mismos. Muchas veces nos hundimos en la culpa porque "queremos" buscar a Dios pero "no podemos". Sentimos que somos "malos cristianos" porque la apatía nos gana.

Pero Jesús no nos dio esa palabra para que nos sintiéramos culpables, sino para darnos un diagnóstico. La carne no se vence con "buenas intenciones". Se vence con vigilancia activa. El problema es que hemos perdido el temor de Dios, ese asombro reverente ante Su majestad, y lo hemos reemplazado por una confianza secreta en nuestras propias fuerzas. Y cuando el temor de Dios desaparece, la

comunidad se vuelve opcional. El corazón se endurece, como un suelo que se pisa tanto que ya ninguna semilla puede entrar.

PARTE 3: REVELACIÓN

PUNTO I: EL DIAGNÓSTICO PROFUNDO DE LA ACEDIA Y EL YO SELLADO

Para entender cómo llegamos a este estado de indiferencia, tenemos que mirar hacia atrás, a la sabiduría de los que nos precedieron. Entre los siglos III y V, unos hombres llamados los Padres del Desierto identificaron un enemigo invisible al que llamaron "**acedia**". Venía del griego *akedia*, que significa literalmente "*falta de cuidado*" o *negligencia espiritual*. Ellos no lo veían como un pecado escandaloso de esos que salen en las noticias, sino como una erosión silenciosa del alma. Déjenme decirlo simple, antes de seguir:

*la acedia no es dejar de creer en Dios... es seguir creyendo, pero
sin ganas de encontrarse con Él.*

Lo llamaban el "**demonio del mediodía**". ¿Por qué el mediodía? Porque se basaban en el **Salmo 91:6**, que habla de la "*mortandad que en medio del día destruye*". Para un monje en el desierto, o para nosotros hoy, el mediodía representa ese momento de la vida donde el calor es más intenso, donde el tiempo parece estancarse y la fatiga llega a su punto máximo. Es cuando el entusiasmo del principio se ha ido y el camino que falta parece eterno.

Bajo el influjo de la acedia, la oración se vuelve una prisión. La Biblia, que antes era miel para nosotros, empieza a sentirse como ceniza seca. **Evagrio Póntico**, un analista increíble del alma humana, decía que en este estado el sol parece no moverse nunca. Sentimos un "aburrimiento inquieto". No es que nos quedemos quietos; al contrario, buscamos desesperadamente cualquier distracción, cualquier "ruido" o activismo para no tener que encontrarnos en silencio con Dios.

En nuestra época, la acedia se disfraza de hiperconectividad. Estamos en mil grupos de WhatsApp, tenemos las agendas saturadas de "actividades eclesiológicas", pero nuestro corazón no sabe deleitarse en el Señor. **Horacio Bojorge**, en su obra "El demonio de la acedia", dice que esta condición es una "*incapacidad de alegrarse con Dios y en Dios*" (Horacio Bojorge, El demonio de la acedia, Editorial Lumen, 2004, p. 19). ¡Qué fuerte es esto! Es un bostezo del alma ante la presencia del Dios vivo.

A esto se le suma lo que hoy llamamos el "**yo sellado**". En la antigüedad, la gente sentía que el mundo era "poroso", que Dios estaba en la lluvia, en el trueno, en cada detalle. Pero nosotros nos percibimos como seres autónomos, encerrados en una coraza psicológica. Nos creemos autosuficientes. Y cuando ese "yo sellado" se encuentra con el "corazón inquieto" del que hablaba **Agustín de Hipona**, el resultado es una frustración que ni siquiera sabemos explicar. Agustín decía que fuimos hechos por Dios y para Dios, y que nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en

Él. Pero el hombre moderno intenta medicar esa inquietud con entretenimiento, ignorando que es hambre de eternidad.

El asombro es la puerta por donde la verdad divina pasa de la mente al corazón.

PUNTO II: LA ANATOMÍA BÍBLICA DE NUESTRA RESISTENCIA

Ahora, miremos más de cerca esa lucha que mencionamos antes entre la carne y el Espíritu. Cuando Pablo usa la palabra *sarx* para hablar de la carne, no se refiere a nuestro cuerpo físico —porque Dios creó nuestro cuerpo y es bueno—, sino a nuestra naturaleza caída que quiere ser independiente de Dios. La carne aborrece arrodillarse. *¿Sabes por qué?* Porque arrodillarse es la confesión más alta de que no somos autónomos. Es rendirse.

Por eso, cuando intentamos entrar en nuestro aposento, la carne moviliza todos sus tanques: *el cansancio repentino, los recuerdos de pendientes, la sensación de que orar es perder el tiempo.* John MacArthur explica muy bien lo que pasó en Getsemaní. Él dice que los discípulos amaban al Señor, pero: *"No tenían la fortaleza espiritual necesaria para respaldar sus buenas intenciones"* (John MacArthur, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Mateo, Editorial Portavoz, 2010, p. 142).

Necesitamos entender esto: ***la vida espiritual no funciona en "piloto automático"***. No basta con haber tenido una experiencia preciosa con Dios hace diez años. La resistencia de la carne es diaria. Si no vigilamos, si no usamos ese término griego *gregoreite* que significa estar alerta como un centinela en la noche, nuestra disposición espiritual será aplastada por la inercia de la carne.

El endurecimiento del corazón, lo que la Biblia llama *"corazón de piedra"*, ocurre de forma imperceptible. Cada vez que escuchamos la voz de Dios y no obedecemos, el suelo de nuestro corazón se compacta un poco más. Y llegamos a un punto donde el pecado ya no duele y la gloria de Dios ya no asombra. Hemos perdido el *yirat Yahweh*, el temor de Dios. Y no hablo de miedo, sino de ese respeto sobrecogedor ante Su poder. Sin ese asombro, la comunión se siente como un peso intolerable, una carga burocrática que cumplimos para mantener las apariencias.

PUNTO III: CRISTO, EL PUENTE HACIA EL ASOMBRO RECUPERADO

¿Cómo salimos de este pozo? Mirando a Jesús. Él es nuestro modelo perfecto. Él unificó la profundidad de la vida interior con la eficacia del servicio externo. En los Evangelios vemos que Jesús buscaba constantemente el desierto (*erēmos*). Pero el desierto para Él no era un lugar de soledad vacía, sino un campo de batalla y de comunión.

En el desierto, Jesús enfrentó al enemigo. Allí, Su voluntad humana se sometió a la Palabra del Padre. Pero también era Su santuario. **Marcos 1:35** nos dice: *"Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar*

desierto, y allí oraba". ¡Pensemos en esto un segundo! Si el Hijo de Dios, perfecto y sin pecado, sentía que necesitaba el silencio del retiro para mantener la claridad de Su misión, ¿quiénes somos nosotros para pensar que podemos vivir sin eso?

William MacDonald nos confronta con una lógica que duele pero sana. Él dice que: *"Si el Hijo de Dios... sentía la necesidad de levantarse temprano para orar... ¿cuánto más nosotros, que somos débiles y propensos al error?"* (William MacDonald, Comentario Bíblico de William MacDonald: Antiguo y Nuevo Testamento, Editorial CLIE, 2004, p. 572). La oración de Jesús no era un accesorio en Su agenda; era el motor.

Y en **Juan 17**, en Su oración sumosacerdotal, vemos la profundidad de Su comunicación con el Padre. Él usa la palabra *erotao*, que habla de pedir desde una cercanía y confianza total. Jesús nos muestra que nadie puede dar testimonio de la luz en la plaza pública si antes no ha sido alumbrado en la intimidad. El testimonio es el fruto; la comunión es la raíz. Jesús no permitía que el éxito ministerial o la presión de la gente dictaran Su ritmo. Su vida interior gobernaba Su actividad externa. Es ese ritmo de "aspirar y exhalar": *apartarse para ser llenados, y salir para servir.*

El asombro es la puerta por donde la verdad divina pasa de la mente al corazón.

PUNTO IV: EL CÓDIGO DE LA COMUNICACIÓN PACTUAL

Ahora, *¿sobre qué base construimos esta comunicación con Dios?* No puede ser sobre nuestras emociones, porque hoy nos sentimos en el cielo y mañana en el suelo. Necesitamos un código sólido: **Sola Scriptura**. Dios ya ha hablado de manera definitiva. En **Hebreos 1:1-2** dice que nos habló por el Hijo. La palabra es *elalesen*, una acción ya completada.

Muchos de nosotros vivimos frustrados porque esperamos una voz audible o una señal mística para cada decisión. Pero el Espíritu Santo no trae "nuevas revelaciones", sino que ilumina lo que ya está escrito. La madurez, lo que la Biblia llama ser un creyente *teleios*, consiste en pasar de buscar "voces místicas" a encontrar la voz de Dios en el texto inspirado.

Necesitamos distinguir el asombro pactual de otros que son pasajeros. Está el asombro estético, que es, por ejemplo, cuando nos emocionamos con un atardecer. Es lindo, pero no sostiene la vida de oración. Está el asombro emocional, que es, por ejemplo, cuando se nos pone la piel de gallina con una canción. Pero eso es una llama de paja; se apaga cuando termina la música. En cambio, el asombro pactual descansa en Quién es Dios según Su Palabra: *Su santidad, Su justicia, Su fidelidad.*

Charles C. Ryrie nos da una medicina para nuestro subjetivismo. Él dice: *"La madurez espiritual consiste en dejar de buscar voces en el aire para encontrar la voz de Dios en el texto inspirado, donde Su voluntad es clara y Su gloria es permanente"*

(Charles C. Ryrie, Teología Básica, Editorial Unilit, 2003, p. 125). Cuando entendemos que somos hijos del pacto por pura gracia (*berit jan*), la oración deja de ser un monólogo aburrido y se vuelve una necesidad vital de agradecimiento. Oramos porque estamos sobrecogidos por el hecho de que, siendo pecadores, Él ya nos aceptó en Cristo.

Este código de comunicación no es un manual de reglas, sino el mapa de nuestra nueva identidad. Al entender que el lenguaje del Pacto es legal y relacional, descubrimos que nuestra función en el Reino no es la de simples espectadores de nuestra propia crisis, sino la de sacerdotes habilitados para gestionar la realidad del Cielo en la tierra. Aquí es donde ocurre ese giro glorioso que llamamos el descentramiento sacerdotal.

PUNTO V: EL FENÓMENO DEL DESCENTRAMIENTO SACERDOTAL

*¿Alguna vez sentiste esa extraña libertad al clamar por la carga de un hermano, pero una pesadez de plomo al intentar presentar al Señor tus propias necesidades? No es falta de fe, es la mecánica del **descentramiento sacerdotal**. Cuando nos encerramos en nuestra crisis, entramos en la “frecuencia de la necesidad (deesis)”. Allí, el alma queda expuesta al ruido de la ansiedad y a las interferencias de nuestra naturaleza caída, esa “carne (sarx)”* que solo busca sobrevivir al dolor.*

La oración por uno mismo se vuelve un campo de batalla donde el ego intenta salvarse, y por eso perdemos la fluidez.

La Mecánica del Lenguaje Pactual

Para entender esto, hay que mirar el idioma que el Espíritu Santo eligió. En 1 Timoteo 2:1 aparece la palabra “*intercesión (enteuxis)*”. A diferencia de un grito desesperado, la *enteuxis* es el acceso libre y confiado ante un superior para tratar temas de alta importancia. *¿Sabes qué significa esto? Que no somos mendigos pidiendo una limosna de atención divina, sino delegados del Reino gestionando asuntos en la mesa del Rey.*

Al interceder, dejas de ser el objeto de análisis y te conviertes en el “*canal de la gracia (charis)*”. Tu mente, que estaba agotada defendiéndose a sí misma, de pronto se queda en silencio para ocuparse de la gloria de Dios.

"El intercesor no busca convencer a Dios, sino manifestar la voluntad del Cielo sobre la tierra"

La Paradoja de la Suficiencia en el Aposento

A veces, la respuesta de Dios en 2 Corintios 12:9: “*Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad*”, nos suena a una negativa fría cuando estamos solos. Pero en la intercesión, esa “*suficiencia (arkeo)*” se vuelve el combustible para vencer.

En el “*aposeno (tameion)*”, el silencio ya no es una barrera, sino el espacio sagrado donde nuestra autonomía se rinde ante Su majestad. **William MacDonald** lo decía con claridad : *"La oración por los demás es el remedio más efectivo contra la introspección morbosa. Cuando el corazón se expande para llevar las cargas del Cuerpo de Cristo, las propias pierden su peso abrumador, no porque se hayan ido, sino porque la gloria del servicio sacerdotal las ha eclipsado."* (MacDonald, W., *Comentario Bíblico de William MacDonald: Antiguo y Nuevo Testamento, Editorial CLIE, 2004, p. 884*). No es magia, es un cambio de perspectiva teológica : el "yo" deja de ser el centro del universo y el centro de la angustia.

Hacia una Visión Restaurada

La intercesión (*enteuxis*) es la válvula de escape contra la indiferencia y el bloqueo mental. Cuando mueves el foco de tu ombligo hacia el propósito de Dios para otros, rompes el bloqueo de la mente hiperactiva. El asombro no vuelve por un esfuerzo de voluntad, sino por un acto de compasión alineado con la perfecta voluntad de Dios.

Al interceder, finalmente estás "en casa", en tu lugar de diseño : *ser un puente entre el Cielo y la tierra*. No le temas a esa comodidad que sientes al orar por otros; abrázala. Es la señal de que, mientras te ocupas de los asuntos del Padre, el Padre —con un amor que no conoce límites— se está ocupando de los tuyos.

"El alma encuentra su verdadero descanso cuando deja de ser su propio centro para convertirse en el canal del amor de Dios hacia el mundo"

Al retomar nuestro rol como intercesores (*enteuxis*), recuperamos el asombro de participar en el movimiento eterno de la gracia. Descubrimos, al fin, que nuestra mayor plenitud no está en recibir, sino en ser el conducto por donde la bendición alcanza a todos los que nos rodean.

La Bendición de la Reciprocidad Sacerdotal

Debemos comprender que la intercesión no es un esfuerzo aislado, sino la activación de una red de bendición mutua. *¿Qué ocurre cuando decidimos, por amor, interceder por otros en lugar de solo mirarnos el ombligo? ¡Sucede algo glorioso! Entramos en la dinámica del ejército del Reino, donde se vive el mandato de "orar los unos por los otros" conforme a la perfecta voluntad de Dios.*

Esta es la belleza del diseño divino: *ya no soy un náufrago solitario gritando sus necesidades al cielo, sino que me convierto en parte de un cuerpo vivo donde, mientras yo clamo por mi hermano, hay muchísimos otros clamando en mi nombre ante el Trono*. Es el único escenario donde el orgullo muere y todos ganan: *Al soltar mi necesidad para sostener la ajena, Dios moviliza a Su Iglesia para sostener la mía*. Es la certeza de que nunca estamos solos en la brecha; somos una sinfonía de voces que, al buscar el bien del prójimo, hallamos nuestra mayor bendición personal.

PUNTO VI: EL SECRETO DEL APOSENTO Y EL PELIGRO DEL ACTIVISMO

Jesús nos dio el protocolo en **Mateo 6:6**: "*Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto*". La palabra para aposento es *tameion*. En las casas de aquel tiempo, el *tameion* era la despensa, el único lugar con cerradura. Jesús nos está pidiendo privacidad intencional. Es el lugar donde nos quitamos las máscaras, los títulos y las pretensiones.

El problema es que a veces nos pasa lo que a Marta en Betania. El texto dice que ella se "preocupaba" (*periespato*), que significa estar fragmentado o distraído. Marta estaba haciendo cosas para Jesús, pero se había desconectado de Jesús. Es lo que llamamos "*acedia activa*": hacer tanto para Dios que nos olvidamos de estar con Dios.

Y esto puede pasarnos como iglesia. Miren el ejemplo de Éfeso en **Apocalipsis 2**. Era una iglesia con una doctrina perfecta, trabajadora, paciente. Pero el Señor les dice: "*Has dejado tu primer amor*". ¡Qué aterrador! Podemos tener una agenda llena y una teología sin errores, pero tener el corazón en una indiferencia profunda. El activismo sin comunión es una cáscara vacía.

J.C. Ryle nos dejó una advertencia solemne sobre esto: "*Nada hay que ponga tanto a prueba el estado de nuestro corazón como la oración privada. Muchos pueden hablar con elocuencia ante otros... pero solo el hombre espiritual puede deleitarse en el aposento a solas con Dios*" (J.C. Ryle, *Meditaciones sobre los Evangelios: Mateo*, Editorial CLIE, 2005, p. 52). Es mucho más fácil ser "espiritual" cuando hay audiencia. Pero la verdadera fuerza pública nace del secreto del aposento.

El asombro es la puerta por donde la verdad divina pasa de la mente al corazón.

PARTE 4: LLAMADO

Llegados a este punto, necesitamos pasar a la acción. No basta con saber qué es la acedia o cómo oraba Jesús. Necesitamos implementar disciplinas que el Espíritu use para remover la costra de nuestra indiferencia. La primera es **el silencio**, la *hesuchia*. En un mundo lleno de ruido, el silencio es una disciplina agresiva contra nuestro ego. Es callar nuestro monólogo interno de autonomía para dejar espacio a Dios. Como dice **Habacuc 2:20**: "*Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra*".

La segunda es la intercesión agónica. Pablo habla de Epafras en **Colosenses 4:12**, diciendo que estaba "*siempre rogando encarecidamente por vosotros*". La palabra es *agonizomenos*. Describe una lucha intensa, como la de un atleta. La oración no es un pasatiempo; es un trabajo arduo. **Warren W. Wiersbe** dice que Epafras entendía que la intercesión "*demanda todo el ser*" (Warren W. Wiersbe, *Comentario Expositivo Wiersbe del Nuevo Testamento: Volumen 2*, Editorial CLIE, 2004, p. 147).

¿Cómo se ve esto en nuestra vida mañana lunes?

En nuestras relaciones personales: Quizás tenemos a ese familiar que siempre nos saca de quicio. En lugar de reaccionar con el mismo tono, esta semana vamos a practicar el silencio de la *hesuchia* antes de responder. Podríamos decirnos internamente: *"Mi identidad no depende de ganar esta pelea"*, y luego responder con gracia: *"Entiendo tu punto, hablemos cuando estemos más tranquilos"*.

En nuestro trabajo: Cuando sintamos que el estrés nos está llevando a la apatía, vamos a recuperar el "lugar desierto". No necesitamos irnos a una montaña. Podemos cerrar la puerta de la oficina o irnos al baño dos minutos, no para quejarnos, sino para reconocer la soberanía de Dios sobre esa crisis. Podemos decirle al Padre: *"Señor, este caos no es más grande que Tu pacto conmigo"*.

En nuestra vida de iglesia: Vamos a evaluar nuestro servicio. Si sentimos resentimiento o cansancio extremo, es hora de volver al aposento. Antes de aceptar otra tarea, pasemos tiempo a los pies del Maestro. Necesitamos aprender a decir "no" a ciertas demandas del activismo para decir "sí" al Señor que nos llama a Su presencia.

El asombro recuperado no se manifiesta en éxtasis raros, sino en cómo vemos la realidad cotidiana. Volvemos a ver a Dios en todo. El servicio deja de ser una carga técnica y se vuelve una respuesta de gratitud. La acedia se combate con vigilancia y con la recuperación de la disciplina de la espera.

Terminemos este tiempo juntos hablando con nuestro Padre:

"Padre Celestial, Dueño del asombro, hoy reconocemos que hemos permitido que el polvo de la indiferencia nuble nuestra vista. Perdónanos por nuestra acedia, por intentar gestionar nuestra fe en lugar de adorar Tu majestad. Señor, quita de nosotros este corazón de piedra. Danos la gracia de cerrar la puerta de nuestro aposento, de callar nuestra autonomía y de luchar en oración hasta que Tu gloria sea, una vez más, nuestra mayor alegría. Que nuestra vida sea un reflejo de Tu amor inmerecido. En el nombre de Jesús, Amén."

El asombro es la puerta por donde la verdad divina pasa de la mente al corazón.

GLORIA A DIOS !!!

"Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida".
Te saluda con amor fraternal, Daniel Liandro.

"En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia".
(Prov. 17:17)



REFLEXIONA CON DIOS



Síguenos en nuestro canal



WhatsApp

+54 9 11 3784-5752